

Seix Barral Biblioteca Breve

Oliverio Coelho

Bien de frontera



Bien de frontera

Oliverio Coelho

Bien de frontera

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Dedicatoria](#)

[I. Nadie los vio pasar](#)

[II. Segunda piel](#)

[III. Mil nombres](#)

Coelho, Oliverio

Bien de frontera / Oliverio Coelho. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2015.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-731-988-4

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.

CDD A863

Diseño original de la colección:

Josep Bagà Associats

© 2015, Oliverio Coelho

Imagen de cubierta: Cafe Racer Qiel, Toshifumi Tanabu

Todos los derechos reservados

© 2013, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Seix Barral®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-731-988-4

A Valentina, por las virtudes del faro.

I. NADIE LOS VIO PASAR

1

Nadie los vio pasar. Una vez en el Peugeot 504 Malena le indicó a su padre: "¿te acordás dónde queda la curva del potrillo?". Sauri hizo memoria. Por alguna razón, la curva del potrillo le sonaba familiar. Algo trascendente había ocurrido ahí durante su infancia. Enumeró para sí choques que habían quedado como cicatrices en la memoria del pueblo. De esos choques solía hablar su padre en la mesa, con una satisfacción obscena, como si en los accidentes se materializara una sentencia secreta que complementaba la justicia de los chismes. Una vez que empezaba a hablar de esos accidentes, era imposible que su morbo coagulara, y se entretenía en detalles que su madre censuraba.

Anduvieron ocho kilómetros sobre la ruta 86 y por fin Sauri entendió por qué el lugar le resultaba familiar. Ahí estaba el esqueleto oxidado del viejo Renault 12. El auto sagrado que su padre había amado y destruido brillaba bajo el sol como un ídolo extraño. Había sido lentamente desguazado por ocasionales piratas del asfalto o simples oportunistas que primero se llevaron las llantas, luego los asientos y finalmente el motor.

Malena empezó a cavar junto a la inexistente rueda delantera derecha del Renault. Sauri, en vez de ayudarla, tocó el armazón oxidado como si acariciara la nuca de un ser querido. Percibió en la trompa una abolladura. Pensó que ahí, en el hallazgo de esos fósiles, empezaba el duelo por la muerte de su padre, y se sintió impulsado a jugar con recuerdos. Pero no extrajo imágenes conmovedoras. Menos todavía lágrimas. Su infancia se parecía a un paraíso deshabitado. No sobrevivía un trozo de felicidad ni siquiera en el recuerdo de las tardes que había pasado jugando al ajedrez cuando era la promesa del pueblo y ganaba todos los torneos provinciales. Escuchó el ruido de la pala entrando en la tierra y la voz de su hija, que le pedía que mirara, como si estuviera exhumando un cuerpo amigo. Permaneció inmutable: ¿en qué momento su gran futuro se había echado a perder? De no ser por un amor prematuro y por la militancia, podría haber desarrollado una carrera

exitosa. Sin embargo, si lo pensaba bien, prefería ser el hombre que acababa de huir de Buenos Aires con su hija.

El roce de la pala en la tierra cesó. No había nada. Increíblemente, Malena miraba ese pozo rectangular.

“¿Y si probás al lado?”, y de inmediato, como si al escucharse se volviera consciente de su propia pasividad, Sauri tomó la pala y cavó y siguió un buen rato así hasta que sin darse cuenta formó una pequeña zanja. Estaba por rendirse cuando vio asomar un pedazo de tela. “¿Un bolso negro?”, preguntó, y ahora sí, exhausto, cavó con cuidado. Los paquetes estaban intactos. La humedad no había atravesado el nylon.

“La sequía es buena para esto...”, dijo Malena agachándose. Luego sacudió el bolso, lo tiró en el asiento de atrás del Peugeot, se ubicó adelante y cerró los ojos plegando las piernas y apoyando los talones sobre la guantera.

Sauri puso en marcha el auto y se preguntó, recién entonces, por qué su hija había decidido compartir con él ese secreto. Para ella esos paquetes habían madurado en la memoria y habían dejado de ser producto de un robo para transformarse en una herencia. Para él, en cambio, empezaban a existir.

2

En vez de ir a la clínica a cumplir con los protocolos de la muerte, Sauri sube al Peugeot 504 modelo 87 y va hacia el monoambiente que su padre alquiló cerca de la estación Pacífico. Entra de manera sigilosa, como si temiera interrumpir la siesta de alguien. Las persianas están bajas y las bombitas de los techos, quemadas. Solo funciona el velador apoyado en un tacho de pintura de plástico, junto al que su padre, en un colchón, solía tenderse a leer el diario, fumar y rastrear en horas vacías el origen de su enfermedad.

Hay tazas sucias, ceniceros, colillas, objetos disecados por capas de polvo y eras de soledad. El lugar luce desértico y material, como una fábrica alguna vez espléndida que fue abandonada. Los diarios apilados junto a la cama datan de más de veinticinco años atrás. En la mayoría de ellos Sauri aparece mencionado y/o fotografiado como un joven prodigio del ajedrez argentino.

Busca bolsas de consorcio. Empieza a separar los documentos útiles, papeles con teléfonos, agendas, carpetas con planos, boletas, escrituras, fotocopias de expedientes y tarjetas personales de lo más variadas. Toda una riqueza hipotética con la que siete meses atrás Luis Alberto, tras echar por la borda décadas de matrimonio, dejó el pequeño pueblo de Laprida, o bien para curarse, o bien para morir en Buenos Aires, la ciudad que amó hasta que una mujer, a los veintitrés años, cuando todavía existían los trenes, lo arrastró al fondo de la pampa.

Mientras forma dos conjuntos, lo valioso o enigmático por un lado, y la basura por otro, Sauri tiene la sensación de que perpetra un saqueo deseado durante años. En la misma bolsa guarda las pequeñas pertenencias que va encontrando en el suelo y en el tacho de pintura que oficia de mesita de luz. Prefiere dejar en su lugar los objetos grandes, cargados de anonimato como si nunca hubieran sido realmente de nadie y cumplieran una función para la que no han sido creados. Son lo suficientemente vulgares y visibles para satisfacer la avidez de su

madre. A las miniaturas —ceniceros, anteojos, monedas, cucharas—, todas cosas anticuadas que no puede decir que su padre haya coleccionado pero que en secreto recolectó y liberó, como a animales callejeros, en ese dominio del azar que es su monoambiente, las va envolviendo en hojas de diario que ahora no hacen más que fechar un fracaso.

Le sorprende que Luis Alberto haya trasladado desde Laprida esa colección de elementos insignificantes. La presencia de esos objetos parece anticipar la muerte, como si lo verdaderamente propio, aquello con lo cual un hombre emprende un viaje al más allá, fueran solo miniaturas en el teatro de la vida. Abolla uno por uno los diarios que quedan y los mete en una bolsa. Una página se resiste a entrar en la bolsa. Al empujarla no puede evitar reconocer cenizas de su biografía en una foto blanco y negro del diario La Razón. Aparece pensativo en un panamericano juvenil que, no recuerda exactamente cuándo, ganó en Mar del Plata.

Antes de irse, pasa a la cocina, recorre a tientas la bajo mesada, mueve platos y ollas, y por fin da con el paquete negro que en sus manos cruje como el envoltorio de un caramelo.

Guarda en el baúl del Peugeot una bolsa de consorcio con los papeles secretos de su padre y otra con las miniaturas. Tira en el cordón de la vereda una tercera bolsa con recortes que fechan su pasado. En la guantera ubica el paquete negro. Se repasa las encías con la lengua y se inspecciona la boca entreabierto en el espejo. Hace pantalla con las manos, embolsa y verifica su aliento. Luego, rumbo a la clínica intenta sintonizar Radio Continental, deslizando la aguja del dial morosamente para evitar el ruido blanco.

En el quinto piso, apenas sale del ascensor, su madre recién llegada de Laprida habla con el jefe de terapia intensiva. Parece extraer de la enfermedad de su padre una satisfacción que la llena de vitalidad. Detrás, un ventanal recorta edificios agrietados y nubes bajas.

Durante unos treinta segundos Sauri presencia la escena de incógnito, hasta que Lidia lo ve y le dice algo al médico. Ambos se vuelven hacia él, impasibles, como si se conspiraran en un mismo tipo de gravedad. El médico le extiende la mano

suave y helada. Una mano falsa. "El cuerpo de su padre se está apagando".

La bomba de morfina, junto al respaldo cromado de la cama, emite una alarma. Una enfermera demudada, como si la pólvora de la muerte la transformara en una completa intrusa, irrumpe en la habitación. Sauri y su madre, a los lados de la cama, asisten a ese fenómeno que arruina la perfección de la cuenta regresiva. Mientras la enfermera calibra esa especie de reloj que en vez de arena dosifica una maravilla opiácea, Sauri trata de hacer coincidir la apariencia de ese hombre disecado por la quimioterapia con la imagen de su padre. La medicina le impone una melodía patética a la extinción. Su padre no muere, se borra. Lidia lagrimea mientras el hombre al que no amó vuelve a ser humano, pausa la respiración, entra de a poco en la muerte y va recuperando, paradójicamente, la máscara de un hombre vivo.

La enfermera se retira. La bomba no vuelve a sonar. Afuera llovizna. Por la luz del ventanal abierto, Sauri tiene la impresión de que el mundo, del otro lado, se paralizó. ¿Cuánto puede tardar un hombre en morir? ¿Cuánto puede durar la muerte en alguien que ya fue sentenciado? Desea que todo termine pronto. Entonces, en un segundo sobrenatural que empalma tiempo y realidad en una misma duración, su padre da un suspiro profundo. Una sensación de incredulidad invade a Sauri: el momento en que la respiración se apaga probablemente sea insignificante en relación a la duración de esa muerte en el futuro.

Vaga por la ciudad en el 504. Piensa que la pequeña intimidad de su padre está en el baúl del auto, pero no puede imaginar su cuerpo confinado para siempre en un cajón. Recuerda cuántas veces, de joven, deseó verlo muerto. Ahora solo anhela un último fragmento de vida, una imagen ínfima, porque la muerte barrió de pronto todos los recuerdos e instaló en la memoria a actores en pose de desgracia.

Sopresa la posibilidad de seguir errando por la ciudad. Frena de golpe, para no pasar un semáforo en rojo. Le parece que no pasar ese semáforo es importante. De inmediato, con el ruido agónico de la frenada, recupera una imagen de su infan-

cia: su padre al volante de un Renault 12 azul del año 78, abollado y sin asientos traseros. Una bestia semidesguazada que había sobrevivido a todas las batallas, incluso al desorden de un dueño que nunca pagó patentes. En la parte trasera del coche se acumulaban miniaturas mugrientas y se condensaban olores extrañamente agradables que Sauri, de chico, asociaba a actos de hechicería que creía le permitían a su padre vivir sin trabajo fijo. Por el tapizado de cuerina cuarteada asomaba una gomaespuma que él solía desmigajar en silencio, mientras su padre le arrancaba al vehículo resuellos para ponerlo en marcha.

Permanece detenido en punto muerto sobre la senda peatonal, con el semáforo en verde, acariciándose el mentón, hasta que alguien le toca bocina. Recuerda que después de un choque grave contra un tractor en la ruta 86, el Renault no arrancó más. Aunque Sauri mucho después pidió verlo, su padre le confesó que no recordaba en qué kilómetro había abandonado esos restos de chatarra.

3

Cuatro personas, además de él y su madre, asistieron a la apertura del velorio. Todos conocidos de Lidia, gente que por el modo de mirar y gesticular parecía prematuramente apagada. Conversaban en voz baja, con una compasión que a Sauri le pareció conspirativa. Para medianoche estaba anunciada la llegada de un contingente de tíos, parientes, sobrinos, abuelos, nietos y primos en un ómnibus fletado desde Laprida.

Doce menos cuarto, Sauri salió clandestinamente y subió al auto. Arrancó rápido, se alejó dos cuadras y paró en una estación de servicio. Chequeó los niveles de agua y aceite, rechazando la asistencia de empleados que no establecían, salvo excepciones, relación con los autos que atendían. Luego pasó al minimercado de la estación y ocupó una de esas mesas en las que toda clase de sonámbulos urbanos se sentaban a la madrugada a leer diarios depredados o suplementos deportivos que quedaban del día anterior.

Tomó un café aguado en un vaso de plástico mientras apreciaba a través de la ventana un Peugeot 206 negro, polarizado, llantas de aleación, caño de escape cromado y faros antiniebla. Era uno de esos autos libidinales, y una versión más o menos completa, como el XS, podía costar... En ese momento de cálculos y puros condicionales, derramó las primeras lágrimas por la muerte de su padre. Se vio reflejado en la vidriera del minimercado. También vio el reflejo de la cajera que lo observaba detrás del mostrador. Del otro lado del vidrio, el Peugeot 206, y a un costado su Peugeot 504, una bestia en extinción que ese mismo año había dejado de fabricarse. Respiró orgulloso, se secó las lágrimas que quedaban y se dijo que tenía suerte de contar con un auto tan leal. Jamás apuraría un cambio. No había necesidad de sacrificar un mastodonte tan noble, encima gasolero, por el pedigrí naftero de un animalito polarizado de última generación. Su 504 podía aguantar las inclemencias de cualquier paisaje, miles de kilómetros, siempre que cambiara cada siete mil kilómetros aceite y filtros.

Se preguntó si no sería hora de poner a punto el motor. Dos hechos disociados podían vincularse, y nadie podía asegurar que la muerte de su padre a corto plazo no terminaría incidiendo en el rendimiento de ese motor 1.6. Al día siguiente, a primera hora, haría suyo el lema mejor prevenir que curar, e iría directo a lo de Ramón, su mecánico de confianza. En ese momento un adolescente cruzó el playón en zigzag y entró en el 206 a duras penas. Al dar marcha atrás se llevó por delante una valla. Sauri recordó una frase rencorosa que solía escuchar en boca de su padre: "Dios le da pan al que no tiene dientes".

La misma frase, dos horas después, la escuchó en un bar de taxistas, mientras miraba la repetición de un partido intrascendente del Calcio italiano. Entre irse a dormir o pedir otra cerveza y escuchar comentarios xenófobos sobre inmigrantes que robaban trabajo y salían a violar a mujeres en las vías de tren, eligió lo primero.

Ya era de día. Manejó despacio, molido por el sueño, temiendo rozar espejos de autos estacionados. Su invencible caballo se había transformado en una balsa. Entonces se enfrentó a esa falla que la muerte de su padre volvía inminente: el motor hipaba. Barajó un diagnóstico rápido: inyectores tapados. Le vino a la cabeza la imagen de su mecánico, un hombre menudo, de barba mefistofélica, que administraba milagros en un quirófano monumental mientras en un anafe calentaba, una y otra vez, un jarrito con mate cocido.

Una vez en la cama pensó que por unos días debía resignarse a experimentar pasivamente eso que creía solo podía lograr manejando y, en otra época, jugando partidas rápidas de ajedrez: soñar despierto, ensayar la vida. Tuvo la impresión de que nunca más volvería a levantarse. Estiró la mano, apretó una botella de agua semivacia y tomó del pico con tanta ferocidad que el contenido desbordó sus comisuras y le mojó la camiseta.

En las horas posteriores tuvo períodos de descanso interrumpidos por la sed, el teléfono y dos sueños recurrentes. En uno de los sueños su padre obtenía una segunda vida, o mejor dicho, permanecía atado a una sobrevida absurda y sin amor. La enfermedad lo transformaba en un zombi, casi como en su primera vida, solo que ahora era consciente de que moría y de que deseaba salvarse: terminar una carrera universitaria, volver